

¿QUE SE DEBATIRA EN PUEBLA?

PEDRO TRIGO

PROBLEMAS INAPLAZABLES Y CUESTION DE FONDO

En Puebla se debaten muchas cosas y a muy diverso nivel. Hay problemas candentes e inaplazables: ¿Qué posición tomará el Episcopado Latinoamericano ante los Regímenes de Seguridad Nacional? ¿No hay una palabra clara y operativa de parte de Dios ante la sistemática violación de los derechos humanos en nuestro continente como práctica necesaria del actual contrato social? ¿Se contentará con lamentaciones y solemnes protestas ante el hecho que clama al cielo del hambre, la falta de trabajo, de salud, de vivienda, de educación, de descanso que afecta a las grandes mayorías? ¿Con qué ojos mirarán nuestros obispos los esfuerzos de los pueblos por dotarse de organizaciones propias para liberarse de yugo tan inhumano? ¿Las mirarán con el mismo recelo con que las contemplan los opresores? ¿Se lavarán las manos alegando que no es cosa de su incumbencia? ¿O las alentarán y fortalecerán con mecanismos eficaces? Sabiendo que los medios de comunicación utilizan a la Iglesia y al evangelio transformándolos en institución e ideología que consagran lo establecido, inculcan la resignación y la no resistencia al mal en nombre de la paz y el amor ¿aceptarán la necesidad de entrar en esa lucha ideológica para desenmascarar estas deformaciones aceptando el riesgo de ser calumniados y presentados como enemigos de Dios y de los hombres? Las comunidades de base son hoy un signo en nuestra Iglesia ¿las tolerarán nuestros obispos? ¿O las aceptarán como la verdadera riqueza de la Iglesia, como su poder que el mundo tiene por debilidad? ¿Aceptarán que del seno de estas comunidades surjan los servidores de la palabra, los presidentes de la asamblea, los encargados de dirigir la eucaristía? ¿aceptarán que se renueve de este modo el sacerdocio para que se corone así la encarnación de la Iglesia en nuestro continente?

Los obispos tendrán que afrontar en Puebla muchos asuntos difíciles e imposterables. Pero a través de ellos lo que se debate es una dirección global, un pro-

ceso histórico. Ahí radificaría la expectativa que esta reunión ha despertado en la Iglesia universal. Porque en Puebla se debate la vigencia del Concilio Vaticano II. Es un test para toda la Iglesia. Esa es su trascendencia.

DE LA PARTICIPACION AL OSTRACISMO

Al despertar en el siglo XVI lo que se llamó la Edad Moderna la Iglesia se metió de lleno en esta aventura y en los debates que suscitaba. Por lo demás era su tradición. Participó señaladamente tanto en la expansión geográfica como en los descubrimientos científicos y en el renacimiento cultural. Las controversias políticas, sociales, económicas, filosóficas y teológicas que provocó este nuevo orden de cosas la atravesaron por medio. No se puede identificar a la institución con uno de sus componentes antagónicos o complementarios: La Iglesia no es sin más la inquisición que en nombre de una Edad Media más bien fingida se opuso al nuevo espíritu. No es sin más tampoco la consagradora de las nuevas naciones capitalistas y los imperios colonialistas. Ni tampoco puede ser equiparada sin más a las instancias que en su interior lucharon por separar evangelización de colonización, por crear el derecho de gentes, por defender a las clases desposeídas y crear una civilización en cierto modo secular y evangélicamente cristiana. Cristianos por igual fueron Erasmo, Torquemada, Las Casas, Carlos V, Descartes, Cervantes, Pío V, Juan de La Cruz o Galileo.

Sin embargo en el siglo XVIII la Ilustración, en buena medida un movimiento secular de inspiración cristiana, halló a la institución eclesiástica reticente o francamente hostil. Esa incapacidad creativa, esta postura inhibida y defensiva significaba dar la espalda a lo más rico y vivo de la tradición cristiana.

En el siglo XIX la Restauración eclesiástica cabalgando, aun a pesar de sí, sobre el intento imposible de restauración política y consagrándolo arrastra a la Iglesia a la negación adialéctica de la modernidad. Esta automarginación del pro-

ceso histórico —único escenario donde se debate la salvación y condenación de la humanidad— engendra prácticas y sentimientos arcaizantes que se expresan que se expresan ideológicamente en una concepción marcadamente dualista y casi maniquea: La mediación de Jesús casi se volatiliza ante la contraposición irrebasable de Dios y el hombre. También la historia como lugar de salvación sería incapaz de rebasar la polaridad de lo temporal y lo eterno. La concepción católica del cuerpo como sacramento cede ante la oposición esencial de cuerpo y alma. Así como el mundo queda reducido a lugar donde reina el pecado cuyo antagonista sería la Iglesia, casa de la salvación donde caben los pecadores, pero ella sólo santa, partícipe de la santidad de Dios y de la incommovilidad de lo eterno. Esta dualidad también penetra al interior de la Iglesia y se manifiesta en la contraposición entre Iglesia docente e Iglesia discente, clérigos y laicos, jerarquía y pueblo.

Pero paradójicamente la descalificación del mundo se traduce en afirmación absoluta de él: Al absolutizarse a la Iglesia el criterio de aprobación o desaprobación pasa al interior de la sociedad a su relación con la Iglesia. Quien honra a la Iglesia debe ser honrado como honrador de Dios. Pero a la Iglesia la han honrado modernamente los regímenes necesitados de legitimación por su carácter antipopular. De este modo la alianza entre el Trono y el Altar significó el intento imposible de consagrar la división en el interior de la Iglesia y de la sociedad para sustraerla de los cuestionamientos de los hombres en trance de construir una sociedad libre fundada en la igualdad y la fraternidad.

DE LAS "COSAS NUEVAS" A LA PERSECUCION AL "MODERNISMO"

Ya a mediados del siglo XIX Rosmini puso el dedo en la llaga al afirmar que el primer problema de la Iglesia estribaba en la separación de clérigos y laicos en los actos del culto y supo ver agudamente que el fundamento de esta separación estribaba en la sumisión de los clérigos a los

principes gobernantes.

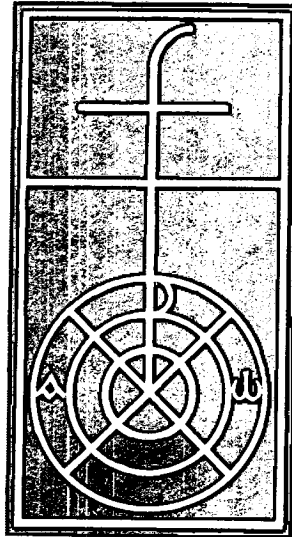
En el último cuarto de siglo León XIII comprendió que la Iglesia debía apoyarse en su base tradicional: el pueblo. Y para eso tenía que apoyarlo efectivamente. Había que romper para eso el ostracismo práctico y el dualismo teórico. La piedra de toque de esa transformación de la Iglesia sería el situarse al lado del obrero y luchar por resolver la cuestión social. Esas "Nuevas Cuestiones" —nuevas para la Iglesia que no para la sociedad— debían renovar a la Iglesia, al encararlas desde el Evangelio.

La novedad de León XIII no habría que buscarla en formulaciones concretas o decisiones particulares sino en el dinamismo que imprimió en diversos círculos de la Iglesia y la esperanza que despertó en sectores de la sociedad que hasta entonces la miraban con desconfianza. La prueba más fehaciente de que la Iglesia estaba cambiando su significación política y sus alianzas estaría en lo ocurrido en el cónclave de 1900. Al ver que los votos recaerían sobre Rampolla, secretario de León XIII y presumible continuador de su espíritu y de su obra, irrumpió el embajador de la fuerza política más retrógrada, el imperio austro-húngaro, para imponer su veto. Los cardenales tomaron muy en cuenta esta advertencia al elegir al patriarca de Venecia. Pío X fue sin duda un hombre santo, pero bajo su pontificado se desató una verdadera cacería de brujas y se llevaron hasta el extremo los principios de la restauración eclesiástica. Pero la complejidad creciente del aparato eclesiástico, las contradicciones insolubles que engendró la implantación de este esquema, el mismo espíritu cristiano que el pontífice santo estimuló, a la vez que el desarrollo general de la sociedad llevaron a la mitigación de este modelo y a que, aunque a costa de grandes sufrimientos personales, perduraran los gérmenes del sano espíritu tradicional de apertura crítica y participación.

El pontificado de Pío XII sería un equilibrio impropio entre la apoteosis institucional simbolizada en la hierática y prestigiosa figura papal y un cauteloso pero profundo interés por todas las cuestiones humanas, materia —para continuar el ejemplo— de sus numerosísimos discursos ante las más variadas concurrencias. Al parecer ese pontificado sería la culminación del proyecto de restauración: nunca la Iglesia en estos últimos siglos había gozado de tanta autoridad y prestigio; nunca tampoco se había dado una institución tan compleja, culta y disciplinada; ni tampoco había respondido el pueblo de un modo comparable en número y fervor. Se había alcanzado un equilibrio, una cima. Se había consumado/consumido un proyecto.

DEL ANATEMA AL DIALOGO

El Concilio fue la salvación de la Iglesia. Fue la salida de este impase. La proposición de una tarea histórica. La asunción al más alto nivel de un nuevo proyecto pastoral. La semilla, llena de poder germinador aunque soterrada, salió a la luz. Sin rupturas estridentes y sin nostalgias la Iglesia se reconocía servidora del mundo. En el mundo late un misterio de salvación. La Iglesia nace para proclamarlo, para detectar sus signos, para ponerse a su servicio colaborando con su energía espiritual a transformar este mundo en el



Logotipo de la Conferencia de Puebla

lugar de los hijos de Dios. Ella no es más que el pueblo convocado por esta palabra de esperanza y que se deja medir por ella. La jerarquía en ella no sería un aerolito caído directamente del cielo sino funciones inherentes a este pueblo organizado. Su justificación está en su eficacia y su medida en el evangelio.

Los años del Concilio fueron vividos por la Iglesia con una tumultuosa efervescencia. Desde el siglo XVI no se había conocido en la Iglesia una interacción tan intensa, una búsqueda tan seria, libre y plural de metas y de caminos. Hubo como una gran primavera, una especie de fascinación donde los antiguos cauces y diques parecían desbordados y abandonados para siempre.

Pronto se olvidó el primer enfrentamiento. Esas primeras sesiones en que todo estaba previamente elaborado en espera sólo de la aclamación. Esos esquemas no para abrir puertas y ventanas como quería Juan XXIII sino para perpetuar lo establecido, no para hablar fraternalmente al mundo sino para impedir sus filtraciones en la Iglesia. Todo eso parecía abolido. Sin embargo sus redactores continuaron en puestos claves de la administración. Y esa institucionalización, nacida de la Restauración y portadora de su es-

píritu, resistió a los intentos reformadores de Juan XXIII y Pablo VI.

MEDELLIN, VERDAD Y FRONTERA DEL CONCILIO

Pero esto parecía no importar demasiado, parecía una cuestión que el tiempo se encargaría de liquidar. Porque entre tanto el espíritu conciliar penetraba más y más en el cuerpo de la Iglesia. Medellín sería precisamente el intento más consecuente de dotar a este espíritu de un cuerpo histórico. Pero no porque reprodujera sus cánones y se remitiera a sus formulaciones. Es conciliar por lo que avanza sobre el Concilio. De esa manera es la expresión más acabada de hasta dónde llegó su impulso. Ciertamente que los gozos y las esperanzas, pero sobre todo el dolor y la angustia de nuestro pueblo fueron su inspiración, su motor y su centro. Esta compasión por las muchedumbres llevó a los hombres de Medellín a ahondar en esas contradicciones, que el Concilio detectó como características de nuestro mundo, hasta penetrar científicamente en sus mecanismos y desentrañar sus claves. "Marcado biclasismo", "imperialismo internacional del dinero", "colonialismo interno", "violencia institucionalizada" serían así algunos indicadores de su diagnóstico. Y "concientización y organización de los sectores populares" (2, 18), el núcleo de su estrategia "en la lucha cristiana contra la intolerable situación que soporta con frecuencia el pobre" (15, 10). Siguiendo el espíritu del Concilio no se descarta a las clases dirigentes. Sinceramente se les hace un llamado a la conversión y se las invita a participar en estas urgentes transformaciones. "De su actitud —se dice— depende en gran parte el porvenir pacífico de los países de A.L." (2, 17). Pero para ello han de renunciar a sus privilegios. Si no lo hacen, si por el contrario se aferran a ellos por métodos violentos, "se hacen responsables ante la historia de provocar 'las revoluciones explosivas de la desesperación'".

Que Medellín fuera la cristalización más audaz de la corriente conciliar se evidenció en el Sínodo de 1971 cuyo tema, tratamiento y aun peso directo de los obispos latinoamericanos evidenció que la Asamblea General del Episcopado Latinoamericano se había movido en una dinámica que concernía y aun representaba en cierto modo a la Iglesia universal.

Ciertamente que los latinoamericanos enfatizamos en esos años más bien el aspecto de novedad que Medellín tenía respecto del Concilio. Pero el Concilio quedaba sobreentendido; era —así se pensaba— el lugar común, lo ya adquirido. El proyecto pastoral que se expresa en Medellín pondrá en guardia contra cristalizaciones ingenuas y edulcoradas del Con-

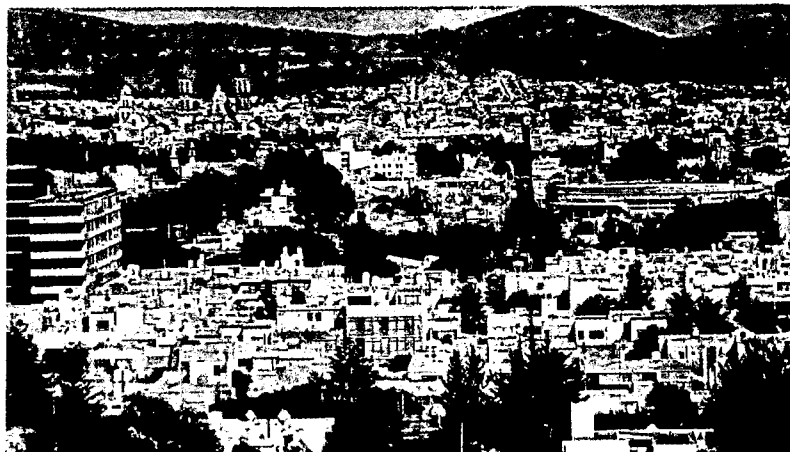
cilio que, de fortalecerse, lo privarían de su sustancia. Esa simpatía al mundo no podía equivaler a una aceptación indiscriminada de las corrientes económicas, políticas y espirituales que se mueven en él. No era cosa de pasar de la negación adiabática a la afirmación complaciente. Eso no sería servicio al mundo. Ni es posible consagrar el mundo actual. Los valores evangélicos no podrían reducirse a un modo de operar dentro de la actual configuración social; tendrían por el contrario que llevar a una transformación audaz, profunda y urgente de las estructuras. No es posible el desarrollo para toda la humanidad, como propició el Concilio y enfatizó la *Populorum Progressio*, sin optar por la liberación, liberación de los pueblos de las oligarquías y liberación de los países del tercer mundo del imperialismo de los países desarrollados.

Por lo tanto para hacer real y no meramente retórico el diálogo de Iglesia y mundo las Iglesias de los países ricos tendrían que desolidarizarse efectivamente de los proyectos que adelantan sus Estados, y las Iglesias de los países pobres tendrían que romper sus lazos con las oligarquías y sus gobiernos y apoyar al pueblo apoyándose en él.

Tan sólo al intentar llevar a la práctica este espíritu nos percatamos de las dificultades casi insuperables que entrañaba y la transformación tan radical que exigía en nuestras disposiciones más íntimas y en la configuración eclesial. A pesar de eso con gran buena voluntad trató de llevarse adelante. Entonces a las dificultades de conversión personal que experimentábamos vinieron a sumarse las resistencias empecinadas de los afectados por la transformación.

"NO LO RECIBIERON" (Jn. 1, 11).

Hoy a diez años de Medellín es claro el consenso en torno a la necesidad de una transformación de las relaciones internacionales más justa y radical. Pero no es menos clara la evidencia de que las potencias no están dispuestas a ceder ni un ápice de sus privilegios y se empeñan en sostener situaciones degradantes para mantener su dominación sobre la debilidad de los gobernantes títeres y la marginación de los pueblos oprimidos. Hay que decir que ni el Vaticano ni las Iglesias de los países desarrollados se han desolidarizado efectivamente de esta política inhumana. Muchos cristianos sufren por ese estado de cosas y buscan afanosamente cómo romper esas cadenas de honorabilidad social para servir a Cristo en los pobres de la tierra. También padecen por la masificación, el desasosiego y el vaciamiento que tienen que pagar a cambio de la seguridad y cierto bienestar. Pero por otra parte tanto en los países occidentales



Vista panorámica de Puebla

como en los del Este otros elementos trabajan por consolidar una reedición adaptada a las circunstancias de la alianza entre el Trono y el Altar. La Iglesia respondería a los requerimientos religiosos como otras instituciones responden a los deportivos, culturales o económicos. La Iglesia, una asociación privada, uno de los variados aspectos de esta configuración social. Se le acepta además una cierta dimensión pública crítica —dentro del orden—, unida a cierta representatividad social que sacrifique vagamente a los personeros públicos. Atenuado, persistiría básicamente el dualismo de la Restauración. El precio de esta alianza es la renuncia de la Iglesia a ser un movimiento histórico de liberación.

Entre tanto en Latinoamérica la brecha entre ricos y pobres se ha ahondado. Las frustraciones crecientes que registraban los obispos parecen haber llegado al colmo. Grandes muchedumbres, desposeídas de toda esperanza, no pueden verse ya sino como los condenados de la tierra. Hace diez años los obispos hicieron "un llamado urgente a los empresarios, a sus organizaciones y a las autoridades políticas, para que modifiquen radicalmente la valoración, las actitudes y las medidas con respecto a la finalidad, organización y funcionamiento de las empresas" (1,10). "La autoridad —afirmaron— deberá asegurar eficaz y permanentemente a través de normas jurídicas, los derechos y libertades inalienables de los ciudadanos (...) La autoridad pública tiene la misión de propiciar y fortalecer la creación de mecanismos de participación y de legítima representación de la población" (1,16). No es necesario abundar en que no sólo no se ha recorrido este camino sino que las empresas han marginado más de sus beneficios y funcionamiento a los obreros y el poder político ha excluido violentamente a la mayor parte de los ciudadanos de todo modo de participar y controlar la cosa pública.

Existe conciencia en el continente —de la que participan amplios sectores de

la Iglesia— de que este drástico retroceso no se debe a errores o abusos del sistema sino que en la actual coyuntura mundial de proteccionismo y rígido encuadramiento de bloques es la única manera de desarrollarse en el esquema de capitalismo dependiente. La industrialización en nuestros países según este modelo nunca será una fuente de independencia nacional y bienestar para las mayorías.

¿Qué significa en estas condiciones servicio al mundo? ¿Qué camino debe tomar nuestra Iglesia para que sea efectivamente sacramento histórico de la salvación que Dios quiere para el mundo?

¿IGLESIA CONFESANTE?

Para unos ha llegado la hora del testimonio. La Iglesia-Pueblo de Dios no puede resignarse a esta "situación de pecado"; eso sería recibir la marca de la Bestia (Ap. 13, 16); debe salir fuera de la ciudad cargando el estigma de Cristo (Heb. 13, 13): su compromiso con los pobres, con el pueblo oprimido. Ella vuelve a aceptar de buena gana aquella vieja acusación de los intelectuales del imperio romano: es la religión de los esclavos. Ella puede decir como el diácono San Lorenzo que los pobres son su riqueza. Y aspira con su acción liberadora a mostrar cómo es verdad que lo que para el mundo es debilidad y necesidad puede llegar a ser una fortaleza y sabiduría fecundas e indestructibles. Este proyecto pastoral está en marcha en Latinoamérica. No son muchos los obispos que lo representan en Puebla; pero hasta muchos otros obispos llega este espíritu como deseo, como ideal, incluso como legitimación del cristianismo latinoamericano.

¿O RESTAURACION DE LA RESTAURACION?

Sin embargo esto es visto como idealismo iluso y suicida, incluso como tergiversación y extrapolación del mensaje cristiano por los ateos prácticos —diganse o no cristianos— que dirigen los



Catedral de Puebla

destinos de las grandes potencias, por las burguesías locales que se empeñan en mantener un estado de cosas que es condenación para las grandes mayorías y por los gobernantes que desarticulan y reprimen a los pueblos sin sentir compasión por las multitudes. También es combatido por la curia romana, por la mayoría de los cardenales y por una minoría muy influyente de los obispos y clero. Esta parte de la institución eclesiástica, que se sintió arrollada por el movimiento conciliar, que opuso tenaz pero soterrada resistencia durante estos años del postconcilio, al amparo de la nueva coyuntura sociopolítica ha emprendido abiertamente la ofensiva para rehacer, con las modificaciones requeridas por las circunstancias, el proceso de restauración eclesiástica reduciendo el Concilio a vagas formulaciones inoperantes.

El funcionamiento del último sínodo habría sido el ensayo de la maquinaria. Allí —al decir de uno de los asistentes latinoamericanos— todo estaba mediatizado, nada llegaba a subir de la base a la cúspide, los filtros interpuestos lograban retener todo fermento. Y los asistentes, amoscados, nerviosos, frustrados no fueron sin embargo capaces de denunciar la maniobra totalitaria, muy bien recubierta de un lenguaje espiritualista que logró in-

hibir a los asistentes. Este sínodo ha mostrado que el aliento conciliar ha sido un ambiente que uno ha respirado con cristiana satisfacción más que una actitud íntimamente afinada y mucho más que una estructura teológicamente asimilada. Donde se logra cortar ese aliento la semilla conciliar languidece y reaparecen actitudes y conceptos que pocos años atrás habíamos proclamado superados.

Esta ofensiva anticonciliar ha concentrado todas sus baterías en la preparación de la reunión de Puebla. Todo había sido cuidadosamente previsto para reinstaurar el viejo esquema prevaticanista. El documento de consulta trazó el moderno diseño de la vieja alianza entre el Trono y el Altar: La contradicción de Latinoamérica está entre la sociedad agraria tradicional y la civilización urbano-industrial. Esta contradicción quedaría superada al darse el desarrollo. Este proceso requiere la unanimidad social. La Iglesia sería en el continente la única institución capaz de lograrla. Si el Estado reconoce a la Iglesia su condición pública y su calidad de elemento imprescindible en la nueva sociedad, la Iglesia convence al pueblo para que se entregue al proceso. El Estado debe poner de su parte la superación de las desigualdades más hirientes.

Sin embargo la presidencia del CELAM no estuvo de acuerdo con este esquema que reducía el problema pavoroso del hambre y de la injusticia a la condición de árboles que ocultan el bosque, de particularidades que impedirían ver la dirección general del proceso (No. 221). E insistió en que fuera discutido por las bases eclesiales. Y en esos pocos meses del año 78 ocurrió un hervor comparable al del Concilio, con la diferencia de que la discusión fue asumida en muchos sitios de un modo autónomo, con verdadera libertad evangélica por las bases populares. Las críticas fueron abrumadoras; pero la mayoría de ellas no expresaban un tono de rebeldía o disidencia sino una afirmación original de su sentir cristiano. Se quería dar a los obispos la franca oportunidad de representar a sus Iglesias. Aunque en la elaboración de estas aportaciones operaron los filtros y no fueron muchas las conferencias episcopales que acogieron este aliento de sus bases.

¿ADONDE SE INCLINARA LA MAYORÍA?

Puebla va a comenzar sin un acuerdo fundamental. No ha sido posible elaborar un Documento de Base. En su lugar se ha ofrecido a los participantes un Documento de Trabajo de valor puramente referencial. Está elaborado a partir del Documento de Consulta. El positivo interés en integrar un buen número de observaciones es signo de esperanza, como lo es de temor el que persista —aunque mitigada y despojada de sus excesos— la orientación fundamental.

Los dictadores y las democracias de masas piden a la Iglesia una discreta alianza. Algunos miembros de la cúpula eclesiástica están dispuestos a aceptarla con gusto porque también ellos basan su posición sobre la condición masiva, difusamente cristiana aunque devota de los pueblos. Otros antes que eso preferirían que se les seque la mano y que se les pegue la lengua al paladar (Sal. 137), pues dicen: como a los judíos desterrados en Babilonia también ahora los dominadores de turno nos piden que celebremos el reino de Dios; pero cómo entonar tedeums, cómo cantar las bendiciones de Dios sobre una situación que niega el derecho a la vida a los hijos de Dios?

Falta por ver adónde se inclinará la mayoría ¿Optará por la contemporización alegando que es un mal menor? ¿o se comprometerá con una evangelización liberadora, apoyando al pueblo y apoyándose en él? Nosotros tenemos la esperanza de que el dolor y la angustia de nuestros pueblos estará en el centro de la asamblea y que ese clamor no será desoído ni mediatizado, pues en él sabrán reconocer el reclamo de Dios.